

El discurso de la esfinge

De mistagogias y onirocritismos: *Yo el Supremo* como metábasis de inverosimilización

Pero esta madre terrible, la esfinge, también forma parte de Edipo.

Gilles Deleuze y Félix Guattari. *El anti-Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*.

Cada neurótico ha sido por sí mismo una especie de Edipo, o, cosa que viene a ser igual, que se ha convertido, por reacción, en un Hamlet.

S. Freud. *Introducción al psicoanálisis*.

El texto *supremo* de Roa no debe ser simplemente leído sino recitado según las cadencias y dicciones formularias de los viejos cantares de gesta porque el asunto que narra es el mismo que el de Homero: la Epopeya del Yo.

La función cardinal que abre —y clausura— la andadura diegética (textualizada como la indagación de la filiación política del responsable del panfleto¹ aparecido en la puerta de la catedral, y calificado por Francia como calumnioso e infamante) se nos ofrece como una figura retórica (un «¿Quién?» tautológico en cuanto el remitente/destinatario se identifica pronominal y actancialmente con el único receptor/destinatario posible: el dictador) diseminada a lo largo de la trama y orientada hacia la búsqueda de una productividad de sentido de naturaleza polisémica (existencial, metafísico, escriturario...) y una legitimación de estructura falaz: la del padecimiento del Poder Absoluto² sustancializado como ungimiento carismático bajo la máscara (carnavalización ideológica del Poder) del circumloquio, la grafomanía y el divertimento logorreico de quien se proclama misántropo, iluminista visionario (con visos de onirocrita), vocero y agonista de un proyecto político diseñado según una insoluble contradicción epistemológica y ontológica sustante a todo el proceso.

El panfleto de marras se comporta como un texto liliputiense que, *in nuce*, representa por extrapolación toda la complejidad de un texto/palimpsesto que encubre dis-

¹ A lo largo del texto sabremos que el responsable de la colocación es el propio Francia, quien ordena al sacerdote Céspedes: «Lleve el pasquín funerario y péguelo con cuatro chinches en el pórtico de la catedral». A. R. B. *Yo el Supremo* (1974). Buenos Aires. Siglo XXI, pág. 366. Manejamos, para toda referencia textual, la 6.ª edic. (septiembre 1976. Madrid).

² Cfr. Perera San Martín, N. (1976), pág. 141: «De las cuatro novelas (...), la que realmente se propone transcribir el discurso del poder, es ésta». También Franco, J. (15 agosto 1975), págs. 925-927, destaca el carácter de discurso político de la obra.

tintos estratos de significación. El pasquín funciona como metáfora litótica y metonímica del texto entero. El presunto anonimato no es más que la parodia de una parodia que halla en el juego de la paradoja su razón de ser y por medio de la cual el dictador/Dictador se desdobra en una identidad proteica (y en constante trance de necrosis) para, a la postre, en el culmen de una *arqueología del saber* de estirpe netamente foucaultiana, estigmatizarla jurídicamente³.

El catalizador del discurso narrativo primordial (pues existen otros subsistemas significantes) es el Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia y Velasco (1766-1840), elegido por sus conciudadanos, tras las guerras independentistas, Dictador Supremo de la República en 1814, por un período de 3 años que él sabría prolongar hasta una muerte astutamente manipulada por los turiferarios de la historiografía oficial⁴. La construcción de la intriga no sigue los postulados de la creación original, sino los de un proceso de elaboración colectiva⁵ según los cuales la historia paraguaya (desde sus orígenes como nacionalidad hasta nuestros días) se ve transformada narrativamente a partir de una falsificación ideológica de primer orden. Así, el dictador histórico deviene en personaje simbólico que encarna el carácter y el destino de la sociedad paraguaya⁶. En cuanto arquetipo de un satanismo entre truculento y prometeico, el dictador se eleva a la categoría de mito, tanto por su búsqueda de lo Absoluto como por su incardinación de privilegio en una historia colectiva que se hace inmanente y trascendente a la vez⁷. El propio Roa alude a su ingente labor de expurgo historiográfico emprendida por él para despojar a Francia de la rémora de improperios vertidos sobre él por los libelistas e historiadores oficiales puestos al servicio de la oligarquía criolla pues Francia «es una figura que ha desbordado su tiempo (...) y

³ En tal sentido escribe Fell, C. (1984) 2, pág. 156: «Al nivel estructural, Yo el Supremo aparece como una gigantesca metáfora en el mismo plano que La Odissea o la Torre de Babel».

⁴ Cfr. Cruz-Luis, A. (marzo-abril 1976), pág. 118. Para la historia política y la significación histórico-ideológica de Francia, los estudios más importantes son: Bareiro-Saguier, R. (1972) y (1976), págs. 27-40; Cabanellas, G. (1946); Campos, H. (1970); Carlyle, Th. (1944); Casabianca, C. (1976), págs. 51-60; Chaves, J. C. (1964); Dellepiane, A. (1977), págs. 65-87; Díaz

de Arce (1967); Fournial, G. (1976), págs. 7-26; Guerra Vilavoy, J. (1981), págs. 93-125; Irala Burgos, A. (1975) y (1980) 2, págs. 51-64; Kohut, K. (1984) 2, págs. 133-148; Mayre, L. (1.º trimestre 1977), págs. 87-100; Martin, Georges (1977), págs. 37-55; Martin, Gerald (1982), págs. 207-227; Méndez-Faith, T. (1987); Pastor Benítez, J. (1937); Perera San Martín, N. (1979), págs. 667-676; Perovich, M. S. A. (1975); Pisera, K. (1979), págs. 97-102; White, R. A. (1978); Williams, J. H. (1979); y Wisner, F. (1957).

⁵ Cfr. Roa Bastos, A. Entrevista concedida a Diálogo

(Asunción), 40 (jul.-ag. 1974), págs. 33-37.

⁶ Berthélemy-Fébrer, F. (ago.-sep. 1977), pág. 823, apunta: «son discours est une véritable somme où affleurent coutumes, modes de vie, particularités linguistiques, mythes (...), ainsi que l'héritage des penseurs, écrivains et philosophes (...) qui ont marqué l'histoire de la pensée». Para Kohut, K. (1984) 2, pág. 131, la idea central del texto «es de hacer escribir al Supremo Dictador una defensa de sus ideas y hechos. Francia dicta su defensa a su amanuense Policarpo Patiño (y la discute y comenta), escribe en su

cuaderno privado su diario íntimo, y lee (y juzga) lo dictado y escrito». Cfr., *asimismo*, Carmona, A. (nov.-dic. 1974), págs. 30-31; Correa de Zapata, C. (1978), págs. 7-44; y Chaves, R. (julio-agosto 1974), págs. 33-37.

⁷ Así lo pone de relieve Andreu, J. L. (1976), págs. 72-73: «Yo el Supremo es la historia del Poder Supremo inscripta en el discurso que nos propone el Yo de un narrador inmanente a este discurso y a esta historia». *Asimismo*, cfr., Pacheco, C. (1982), págs. 151-177, y (1984), págs. 47-72; y Morón, C. (18-24 julio 1977), págs. 68-72.

se ha convertido en uno de los mitos centrales de un país encerrado en sí mismo»⁸. Esta historia de segundo grado (proceso desmitificador/mitologizante) está solidariamente conectada con la Historia (Francia en cuanto personero de la independencia, soberanía y autonomía paraguayas frente a las conspiraciones anexionistas de la Junta porteña, el imperialismo brasileño y los intereses clasistas de la burguesía asunceña).

Roa efectúa una reflexión histórico-ideológica sobre el Poder Absoluto disfrazando su lectura bajo una compleja red de connotadores mítico-simbólicos que, por su contenido parabólico, prolongan la iconografía y la hipotiposis de tal Poder más allá del contexto histórico-biográfico de Francia ya que de lo que se trata es de una exégesis del lenguaje alienado en un país asimismo alienado donde toda alienación (sobre todo la ética) es una alienación ideológica⁹. En su propósito de producir un texto al margen de todo realismo/naturalismo criollista, del costumbrismo local-regionalista más o menos edulcorado de exotismo e, incluso, del ideograma de la literatura *engagé*, Roa (que parte de una realidad histórica muy concreta) da forma a una sustancia textual bajo la perspectiva de una crítica del lenguaje político en cuanto discurso de la manipulación. Así pues, su intención no ha sido otra que la de crear un libro «cuya materia está constituida por lo real imaginario, a partir de la realidad de los signos del lenguaje»¹⁰ y de los conceptos operativos de antihistoria, intrahistoria y transhistoria¹¹. Es así como el emblematismo de Francia «encarna la figura del padre en el seno de la sociedad paraguaya (...), el Padre-último-primero, oculto en los arcanos de la historia, pero vivo y actuante en el inconsciente colectivo»¹² pero contextualizado a partir de la triada «Sociedad/Historia/Revolución» como referente intertextual narrativo de un sujeto agente que se comporta como una entidad jánica al ser simultáneamente sujeto histórico y objeto narrativo¹³; esto es: una objetividad

⁸ Cfr. Cardozo, H. (1975), pág. 53. Verdevoye, P. (1980) 2, pág. 74 («Discusión de la ponencia de Jacques Leenhardt»), afirma: «Roa Bastos, textuellement, s'appuie sur les historiens et les avis des historiens pour nous donner des textes dans lesquels, lui, il rétablit une ambiguïté que les historiens avaient détruit».

⁹ Cfr., para la opinión de Roa, «Entretiens»-Caravelle, 17 (1971), págs. 212-214; Roa Bastos, A. (1980) 2, págs. 136-140; y (1990) 2, págs. 39-52; Rodríguez Alcalá, B. (1975), págs. 7-32. Martin, Gerald (1980), pág. 75, apunta certeramente a la clausura ideológica que opera la novela

a partir del Facundo. Civilización y barbarie (1845): «The purpose of Yo el Supremo is to question whether the space of the novel, which is, precisely, the space between YO and EL, thought and action, theory and practice, can be used for any purpose other than to consolidate the hegemony of the bourgeois conception of history».

¹⁰ Roa Bastos, A. (jul.-dic. 1977), pág. 168.

¹¹ *Ibid.*, pág. 177. De ahí las consideraciones de Saad, G. (1984) 2, pág. 120, al comparar el texto de Roa con Les Georgiques de Claude Simon e insistir en la importancia de las relaciones

entre escritura, novela e historia. Para una consideración general del tema del dictador, cfr. Bravo, V. (dic.-enero 1979), págs. 113-133; Castellanos, J. y Martínez, M. A. (1981), págs. 79-105; Forster, D. (1975), págs. 31-35 y (1988); González, R. (1975); Herrán, G. (1979); King, J. (primav. 1978), págs. 98-106; Kryszinski, W. (1981), págs. 377-444; Mallet, B. (1978), págs. 59-73; Pancorbo, L. (mayo 1977), págs. 12-16; Sicard, A. (19 dic. 1977), págs. 30-36; Subercaseaux, B. (1976), págs. 45-62; Tovar, F. (1987); Verdevoye, P. (coord.) (1978) y Zuluaga, C. (1979).

¹² Roa Bastos, A. (julio-dic. 1977), pág. 170. Para consi-

deraciones de tipo general, cfr., Da Rosa, D. C. (primav. 1984), págs. 169-176; Garscha, K. (1984) 2, págs. 13-19; Goloboff, G. (1984), págs. 23-33; y González, E. (1988), págs. 127-151.

¹³ Para un criterio ligeramente divergente al nuestro, cfr. Roa Bastos, A. (jul.-dic. 1977), pág. 192 (quien lo califica como objeto y sujeto al mismo tiempo del discurso narrativo), Benedetti, M. (1979), págs. 11-31 (para quien el texto sería una objetivación del subjetivismo) o Barreiro-Saguier, R. (15 enero 1978), pág. V (que distingue dos niveles: el histórico y el estético) y (mayo-agosto 1976), págs. 44-46.